

EL DESATINO

Pieza en dos actos, seis cuadros

PERSONAJES

Alfonso
La madre
Luis
Lily
El muchacho
El niño
Los vecinos

El Desatino (1965) se estrenó en Buenos Aires el 27 de agosto de 1965 en la Sala del Centro de Experimentación Audiovisual del Instituto Torcuato Di Tella, con el siguiente reparto: Jorge Petraglia (*Alfonso*), Lilian Riera (*La Madre*), Leal Rey (*Luis*), Carlos A. Gaeta (*El Niño*), Fernando Lozano (*El Muchacho*), Claudia Durán (*Lily*), Pablo Moretti, Rubén Bustos, Oscar Anderman y Gustavo Colautti (*Vecinos*). Dirección: Jorge Petraglia. Escenografía y trajes: Leal Rey.

PRIMER ACTO

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

CUADRO I

Una habitación de aspecto gris, con una cama con respaldo de hierro, una mesa de luz, ropero, cómoda con espejo y sillas. Una bacinilla floreada debajo de la cama. Bordeando el fondo del escenario, grandes tientos de lata con lo que alguna vez han sido plantas, grandes hojas completamente marchitas. Algunos tientos tienen simplemente palos clavados, estacas. En la mesa de luz un reloj despertador y, apoyada contra la pared, una revista con la fotografía de una vedette a cuerpo entero. Dos puertas, una a la izquierda, exterior, y otra a la derecha, que conduce a un pasillo interior. Una ventana que da a la calle. Al levantarse el telón, Alfonso está de pie, de frente al público, en camiseta y calzoncillos largos. Mira, ingenuo y sorprendido, un bulto que ciñe uno de sus pies, es un artefacto negro de hierro, de unos 40 cm. de lado. Después de un instante, mueve el pie intentando librarlo, pero no lo consigue. Murmura algo ininteligible. Intenta mover infructuosamente el artefacto. No parece preocuparse demasiado. Bosteza.

ALFONSO (*bajo, tibiamente*): ¡Condenado!... (*Trata de sentarse en la cama y después de varios esfuerzos en los que por poco no va a parar al suelo, consigue sen-*

tarse en equilibrio sobre el borde. De pronto, suena el reloj despertador. Alfonso manotea para pararlo, pero lo único que consigue es arrojarlo al suelo, donde sigue sonando. Trata de patearlo con el pie libre, pero está fuera de su alcance. Protesta) ¡Suena cuando se le ocurre! (Al reloj) ¡Sigue sonando! ¡Por mí...! (Cesa la campanilla. Con un gesto de furia, se apoya nuevamente contra la cama. Se escucha una voz malhumorada e histérica que rezonga, acercándose por el pasillo)

VOZ DE LA MADRE: ¡La limpieza! ¡Todos los días la limpieza! ¡Apenas una aprende a caminar, le ponen un plumero en la mano! ¡Qué destino! ¡Carroña!
(Alfonso se apura a levantarse. Entra la madre. El ruedo del camisón sobresale de una bata vieja que se ha echado encima. Tiene aspecto desgredado, como si recién se hubiera levantado de dormir. Sin embargo, luce en el cuello un gran collar de perlas que cae en dos vueltas sobre la bata desteñida. Trae un plumero bajo el brazo. Al ver a Alfonso, que intenta cubrirse con la sábana, lanza una exclamación de sorpresa)

MADRE: ¡Alfonso! Alfonso, ¿qué haces aquí, a esta hora? ¿No escuchaste el despertador?

ALFONSO (respetuoso): Buenos días, madre.

MADRE: ¡Como para saludos estamos! ¿Qué mosca te picó? ¿No vas a trabajar?

ALFONSO: Hoy no.

MADRE (agria): Asunto tuyo. Pero yo debo limpiar. (Agita el plumero) ¿No ves? Tengo que agitar el polvo. Cuando una agita el polvo, los bichos no tienen paz para crecer.

ALFONSO: No limpies por hoy.

MADRE: ¡Bueno, bueno! No trabajas, no quieres que limpie, ¿para qué vives, Alfonso? ¿Y por qué tiras todo?
(Levanta el reloj del suelo y con un golpe violento lo arroja sobre la mesa de luz)

ALFONSO: Mamá, ¿puedes alcanzarme las herramientas?

MADRE: ¿Para qué? Alfonso, siempre con tus pedidos descabellados. Sabes bien que mi columna no me obedece. Ser vieja no es ninguna ganga. ¿Por qué no me guardas un poco de consideración?

ALFONSO: Lo siento, mamá. Había olvidado que no puedes inclinarte.

MADRE: Ah, ¿lo recuerdas? Cuando te tuve, se me movió un disco de la columna. Así estoy ahora, por ti, completamente dura.

ALFONSO: Mamá, no te fastidies.

MADRE: ¡Como para no fastidiarme! ¿Qué pretendes? ¿Que me ría? Es bastante ingrato no poder inclinarse. ¡Dura, completamente dura! (Saca un gran pañuelo grisáceo del bolsillo, se suena, y luego se entretiene en deshilarlo con profunda concentración. Alfonso adelanta la cabeza y la observa ansiosamente)

ALFONSO (con timidez): Mamá, ¿ese no es un pañuelo de Lily?

MADRE (sin mirarlo): ¿De quién?

ALFONSO: De Lily.

MADRE (levanta la cabeza y lo mira, se ríe): Es mi nuera. ¿No puedo usarle los pañuelos?

ALFONSO: ¡Pero ella todavía no los usó!

MADRE: Ah, ¿tengo que usar cosas viejas? Un adminículo tan personal como un pañuelo, ¿usarlo cuando haya pasado por otras narices? ¡Gracias!

ALFONSO: No, mamá. No me interpretes mal. Tú tienes otros. Esos son de Lily. Se los compré a Lily para el cumpleaños.

MADRE: ¿Cuántos cumplió?

ALFONSO: Veinte.

MADRE: En cada pata.

ALFONSO (obstinado): No, cumplió veinte. Abriste la caja. La había guardado en el ropero.

MADRE (divertida): Encontré la llave. Hay pañuelos por todos lados. Miles. ¿Por qué no le compras otra cosa?

ALFONSO: Ella no los usó todavía. No tienes derecho.

MADRE: ¿Por qué? Ya ves la importancia que concede a tus regalos. (*Ha deshilachado casi completamente el pañuelo*) Si no fuera por mí, hubieras ocupado toda la casa con cachivaches.

ALFONSO (*tímidamente*): Y... y el collar... Te has puesto el collar también.

MADRE (*sacude el pañuelo, que ha quedado transformado en un cuadrado microscópico, y se lo guarda en el bolsillo. Contesta, acercándose al espejo*): ¿Te gusta? Eso que sobre el batón, no luce bien. A pesar de mi edad, conservo la piel tersa. Debiera hacerme un vestido escotado. ¿Por casualidad no le compraste a Lily un vestido escotado?

ALFONSO: No.

MADRE: ¿Te imaginas estas perlas sobre la piel? (*Empuja su escote hacia abajo, dejando ver un cuello flaco, una piel flácida. Con satisfacción*). Sí, sí, todavía la mercadería está fresca.

ALFONSO: Mamá, el collar no es tuyo. Pertenece a Lily.

MADRE: Oh, Alfonso, ¡cómo cansas con Lily! ¿Acaso un collar se gasta? Hace dos años que se lo compraste, cuando cumplió veinte años, dijiste, y no lo usó. Yo lo aireo un poco. Guardadas, las perlas se enmohecen, se ponen verdes. En vez de perlas, vas a encontrar aceitunas.

ALFONSO: Pero mamá, ¿qué podré ofrecerle a Lily cuando venga si le usas todo? La ropa, las alhajas, los zapatos.

MADRE (*enojada*): ¿Por qué pierdo tiempo contigo? ¿Los zapatos, dices? ¡Pero si estoy cansada de decirte que me quedan chicos! ¡Maldito seas, me haces arruinar todos los pies! ¡Mira! (*Levanta unas astrosas zapatillas*) Yo me veo obligada a usar esto, ¡y la señora tiene el ropero lleno de zapatos! ¡Cabeza dura! ¡Te digo que calza mi mismo número!

ALFONSO (*obstinado*): No, no. Ella no calza tu número, no tiene el pie grande.

MADRE: ¡Vete al diablo! ¿Para qué pierdo el tiempo contigo? Ya me atrasé con el trabajo de toda la casa. ¿Así que hoy no vas a trabajar? No estoy dispuesta a limpiar tu cuarto mientras permanezcas en él. Los hombres en la calle, las mujeres en la casa. Así me enseñaron a mí.

ALFONSO (*conciliador*): Sí, mamá. Apenas pueda, me voy.

MADRE: Ya sabes, por mí, que te coman los piojos. No limpio.

ALFONSO: Sí, mamá.

MADRE (*airada*): ¡No estoy loca para que me digas que sí! Por lo menos alguna vez puedes decir «cómo no». Varía un poco ¿eh?

ALFONSO: No quería ofenderte, mamá. (*Pausa breve*) ¿Me... me puedes alcanzar la revista?

MADRE: ¿Qué revista?

ALFONSO: La de la mesa de luz.

MADRE (*toma la revista, la hojea*): ¡Ah, lindas porque-rías! Te felicito. ¿Para esto te mandé a la escuela? Mujeres desnudas... Y no valen nada. Te lo aseguro yo, que soy mujer. Hombres... (*mira absorta*) Hombres desnudos también. (*Mira agitando la cabeza, con reprobación*) Hum, hum. (*Dobla la revista y se la pone bajo el brazo*)

ALFONSO (*inicia un movimiento de protesta, pero renuncia*): Mamá, ¿no puedes llamar a Luis?

MADRE: ¿A Luis? A ese esperpento, ¿para qué?

ALFONSO: Me alcanzaría las herramientas.

MADRE: ¡Dale con las herramientas! ¿Es motivo para que me obligues a hablarle? Pocas personas me resultan tan odiosas.

ALFONSO: Llámalo por teléfono.

MADRE: No. Está descompuesto.

ALFONSO: Habla por el teléfono del almacén.

MADRE: No, no, al almacén no voy hasta que necesite algo. Y no voy a necesitar nada porque no tengo di-

nero. ¿Tú tienes?

ALFONSO: En los pantalones.

MADRE (*revisa los pantalones y se embolsa el dinero. Se ablanda*): Bueno, llamaré a Luis. (*Pensativa*) Ese muchacho no me es simpático, te lo repito. Cuida mucho el aspecto, pero con la cara que tiene, ¡trabajo inútil! ¿No puedo llamar a otro, alguien mejor parecido?

ALFONSO: Es mi amigo, mamá. Dile que es urgente.

MADRE: ¿Para qué? Le diré que se tome su tiempo. Así se usa entre la gente fina. Tómese su tiempo. Es lo correcto. Mi familia era distinguida, sabes.

ALFONSO: Dile que es urgente.

MADRE (*enojada*): Llamaré y basta. Apenas sonrío, te tomas confianza. Soy yo la que da la cara. Luis es un esperpento. De sólo pensar en él me desanimo. ¿Qué quieres? Un poco de belleza no hace mal a nadie.

ALFONSO: Mejoró mucho, mamá. Ya verás. Llámalo y dile...

MADRE: ¡Basta, Alfonso! Los apuros los guardas en el bolsillo. ¡Qué ocurrencia! (*Sale. Alfonso se acurruca nuevamente sobre el borde de la cama. Paciente, se pasa la sábana sobre los hombros y así cubierto, espera, adormilándose. De pronto, el artefacto rechina y se levanta sobresaltado*)

CUADRO II

El día siguiente. La habitación a oscuras. Alguien sopla en la oscuridad.

VOZ DE LUIS: ¡Uf! ¡Uf! ¡Qué frío!

(Luis enciende y aparece al lado de la puerta. Es un joven con dientes de caballo, vestido con mucha elegancia, casi un dandy. Lleva sobretodo, guantes y una bufanda al cuello. A su lado, formando un extraño con-

traste, está un chico de unos diez años, rapado, flaco y astroso. Alfonso, con una sombra de barba y aspecto caído, se encuentra sentado incómodamente sobre el borde de la cama. Parpadea. Debajo de la cama, dos bacinillas floreadas)

LUIS: ¿Qué haces? ¿El sueño de la marmota? ¿Todavía en la cama? Son casi las diez. Me muero de frío.

ALFONSO: Yo también. Estoy helado.

LUIS: ¡Pero aquí no es nada! Estás en tu habitación, abrigado. Afuera es el problema: el viento, la lluvia.

ALFONSO: ¿Llueve?

LUIS: No, hay sol, pero no calienta. Tengo el estómago vacío. Me hiciste llamar anoche con tanto apuro que hoy no alcancé a desayunar. Salí disparando. Traje a mi hermanito.

ALFONSO (*al chico, con indiferencia*): Hola. (*El chico no contesta, inmóvil*)

LUIS (*al hermano*): Vete a ese rincón y juega. (*Dócilmente, el chico se dirige a un rincón y se sienta. Mira las estacas y subrepticamente saca una. Contento, coloca la estaca sobre sus piernas cruzadas y con un ritmo muy rápido, mecánico, empieza a pasar la punta del dedo sobre la superficie de la madera, de un extremo a otro, en un juego aparentemente sin sentido. Luis*) ¿Tu madre no me servirá el desayuno?

ALFONSO: ¿Por qué no le preguntas? Yo no me atrevo. Se levanta con malhumor.

LUIS: ¡Cuántos bemoles! (*Se acerca a la puerta y llama*) ¡Señora! ¡Señora! (*A Alfonso*) ¿Es sorda? (*Grita*) ¡Señora! (*A Alfonso*) ¿Cómo se llama?

ALFONSO (*molesto*): ¿Quién? ¿Mamá? (*Vacila*) Se llama... Marta... (*Piensa*) Marta Cristina.

LUIS: Me habías dicho otro nombre.

ALFONSO: Se llama... Viola.

LUIS (*riendo a carcajadas*): ¿Viola? ¿Señora Viola? (*Ríe*) ¡No, no puedo! ¡Qué nombre! (*Se calma*) ¿Se levantó o duerme?

ALFONSO: Se levantó. Escuché correr el agua del baño.
LUIS (*llama*): ¡Señora! ¡Señora! (*A Alfonso, divertido*)
¡Ahí viene! ¡Qué cara, Dios mío! ¿De dónde sale? ¿Se
acuesta en una cama o duerme debajo de un puente?
¡Está toda arrugada! (*Compone la expresión*)
MADRE (*tiene el mismo aspecto que el día anterior, hosca*): ¿Señora? ¿Qué señora? ¿Yo o la otra?
LUIS (*simulando sorpresa*): ¿Hay otra?
MADRE: Lo sabe bien. Hay dos mujeres en la casa, mi
nuera y yo.
LUIS (*sonriendo*): ¿Su nuera?
MADRE: Lily.
LUIS (*divertido*): ¡Ah, me había olvidado de Lily!
MADRE: No me río. Aclare antes de seguir conversando:
¿yo o la otra?
LUIS (*ríe*): La otra es un truco.
ALFONSO (*angustiado*): ¡Luis! ¿Qué estás diciendo?
LUIS (*galante*): Sólo usted existe para mí.
MADRE (*halagada*): ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Ya sé lo que quie-
re! (*Se marcha*)
LUIS (*vuelve al interior del cuarto, se restriega las ma-
nos*): ¿Viste qué fácil?
ALFONSO (*con admiración*): Consigues todo.
LUIS: Y es fácil, te digo, con un poco de buena volun-
tad. Levantarse temprano para ir a la oficina, impres-
siona bien.
ALFONSO: Pero tú no vas.
LUIS (*amoscado*): Simulo y es bastante. Esto es lo que
ha impresionado a tu madre: mi aire limpio y atarea-
do. Tú, en cambio, apestas.
ALFONSO (*tapándose la boca*): Perdona. No me lavé los
dientes.
LUIS: Es otra cosa. (*Señala las bacinillas con el pie*)
ALFONSO: ¡Ah, por eso! Mi madre no ha querido vaciar-
las. (*Protesta herido*) Tiene la pretensión de que lo
haga Lily. ¿Es un trabajo para Lily?
LUIS (*bromista*): ¡Claro que es un trabajo! No te casaste

sólo para el placer, ¿eh, Alfonso?
ALFONSO (*enojado*): ¡No para eso! ¡Tú también te la to-
mas con Lily! ¿Qué les ha hecho?
LUIS (*idem*): Nada, no te enojés, Alfonso. (*Pausa breve,
comienza a irritarse*) Soy yo el que debiera enojarse.
¿Qué querías con tanta urgencia? Tu madre dispone
de mi tiempo. «Venga mañana, venga mañana», ¿qué
cree? No son amables en tu familia, ¿sabes?
ALFONSO: Es culpa mía. Mamá no quería molestarte.
LUIS: ¡Esa bruja!
ALFONSO: ¡Pero no! Es culpa mía. Te necesito. Por eso
le rogué a mamá que te llamara. ¿Estabas ocupado?
LUIS: Sí, sí, mucha delicadeza ahora. ¿Qué nueva idea
se te ha metido en la cabeza? Tiemblo.
ALFONSO: Las herramientas. Necesito las herramientas,
Luis. Mi madre no me las puede alcanzar. Pesan.
LUIS (*malamente sorprendido*): ¿Quieres las herramien-
tas? ¿Ahora?
ALFONSO: Sí.
LUIS (*idem*): ¿Ahora? ¿Y dónde están?
ALFONSO: En el galpón.
LUIS: ¿Quieres que vaya ahora al galpón, a ensuciarme?
ALFONSO: No te ensuciarás. Sólo hay un poco de polvo.
MADRE (*entra con un pedazo de pan y una taza de café
con leche*): No le haga caso. Desde ayer que insiste
con las herramientas. ¡Qué cargoso! En el galpón hay
polvo, grasa, cagadas de lauchas. Por eso no se las quise
alcanzar. Se va a poner a la miseria.
ALFONSO: Mamá, no precisa ensuciarse.
MADRE: ¡No me repliques! Se ensuciará. ¿No ves cómo
está vestido? Otra vez te fijas dónde pones los pies.
LUIS (*en baba*): ¿Los pies?
MADRE: Venga conmigo, Luis. Le he servido el café con
leche en el comedor. Tómelo conmigo. Estoy siempre
sola. ¿Para qué una pone hijos al mundo? Para que
hagan su vida y la dejen sola. (*Deposita la taza sobre
la mesa de luz*)

ALFONSO: Mamá, no digas eso. Eres tú la que no quieres que permanezca a tu lado. Me echas siempre a la calle.

MADRE: ¿Cuándo? Por temor al complejo de Edipo. Por eso. Pero tú no te haces rogar: ¡agarras siempre la calle! Y luego... ¡siempre con esa Lily! (Lacrimosa) ¡Siempre con ella! Te sorbió el seso, Alfonso. ¿Y yo? ¿Soy un trapo, yo?

ALFONSO: No te mortifiques mamá, mamita.

MADRE (se acerca a Alfonso, lo acaricia): Ahora te arrepientes, lo sé. Toma. (Le da el pan en la mano. Lo besa en la frente) Te mimo demasiado, hijo. Venga, Luis. El café se enfría. (A Alfonso, en la puerta) Hijo, volvemos en seguida. (Salen)

ALFONSO (empieza a comer el pan; quiere alcanzar la taza, pero se encuentra fuera de su alcance. El niño deja de jugar y lo mira. Alfonso retuerce los huesos de los dedos. Consigue una sonora e increíble cantidad de ruidos, muy aumentados. Concluye por cansarse. Intenta alcanzar nuevamente la taza. No lo consigue. Al niño, seco): Alcánzame la taza. (El niño no se mueve. Alfonso, impaciente) ¿No oyes? ¡Alcánzame la taza! (El niño se incorpora; lentamente, evitando a Alfonso, se acerca a la mesa de luz. Mira el artefacto. Levanta la taza, se aleja unos pasos y se bebe el contenido. Luego se seca la boca y deposita la taza nuevamente sobre la mesa de luz. Vuelve a su rincón, recoge la madera y se absorbe en el juego. Alfonso ahoga su decepción, murmurando) ¡Cretino! (Muerde el pan. Ve que el niño juega con la estaca. Ordena) ¡Deja la madera! (El niño lo mira y luego sigue jugando. Una pausa. Alfonso, más alto) ¡Deja la madera! (Más alto) ¡Deja la madera! (Impotente, busca a su alrededor algo para arrojarle. No encuentra nada y le arroja a la cabeza el pedazo de pan. El niño se aparta ágilmente. Se agacha sobre el suelo, busca el pan y se lo come, mirando fijamente a Alfonso. Alfonso mueve repetidas veces la cabeza. La furia cede paso al desengaño. Murmura,

como si hiciera una comprobación penosa) ¡La infancia!... ¡La inocencia...! (Furioso) ¡Cuentos!

LUIS (entra, muy satisfecho): ¡Cómo me llena tu madre! ¡Doña Viola! (Ríe) ¿Qué murmurabas?

ALFONSO: ¡Tu hermano! ¡Mis plantas! ¿Cómo van a crecer si me las arranca de cuajo?

LUIS (indiferente): ¡Este es siempre el mismo! (Se dirige hacia el chico, le arranca la estaca, que arroja descuidadamente al suelo y le pega dos bifés) ¡Quieto, niño!

ALFONSO: ¡Plántala!

LUIS: ¡Ah, no! ¡No tengas pretensiones! (Saca un cigarrillo, lo enciende. Da una bocanada y se acerca a Alfonso, que sonríe con temor, le aproxima el extremo encendido a los ojos)

ALFONSO (sonriendo asustado): ¿Qué vas a hacer? (Luis, lentamente, le acerca más el cigarrillo a los ojos. Alfonso, anhelante, tirándose hacia atrás) ¡No, Luis! ¡Por favor!

LUIS (riendo): No te quemó, Alfonso. Hasta las pestañas solamente. Sé hombre, Alfonso.

ALFONSO (con temor, intentando reírse): Sí, sí, soy hombre. Sé que no vas a quemarme, pero... (lanza un alarido)

LUIS (plácido y sorprendido): ¿Te quemé?

ALFONSO (con la mano sobre el ojo): Me quemaste, sí. ¿Por qué tendrás esas manías?

LUIS: Bueno, no exageres. No fue para tanto. La culpa es tuya. Si no te movieras... ¿Cuándo podré hacer la prueba de los cuchillos?

ALFONSO (sonriendo aterrorizado): No, ¡déjate de pruebas! ¡No, no!

LUIS: Juguemos a otra cosa, quiero distraerte. (Se saca la bufanda y se la anuda a Alfonso en el cuello) Te abrigo, te abrigo, Alfonso.

ALFONSO (bromeando dolorosamente): ¿Vas a estrangularme? ¿Eh, quieres estrangularme?

LUIS: ¿Estrangularte? (Ríe) ¡Qué idea soberbia! Nunca

vi a un ahorcado, se ponen negros, sacan la lengua.
(Seco) ¡Saca la lengua! ¡Afuera, afuera!

ALFONSO (*saca la lengua por juego, pero la deja afuera luego porque no puede respirar. Quiere seguir la broma*): Ya está bien, ya está bien, Luis. (*Manotea en el aire*) ¡Quédate quieto...!

LUIS (*tira fuertemente por los extremos de la bufanda, apoya el pie sobre la cama a modo de palanca. Ríe, bromea*): ¡Ah, viejo bribón! ¡Defiéndete ahora! ¡Vamos, defiéndete!

ALFONSO (*boqueando, los brazos en cruz*): ¡Luis! Por... por... pie... pie... (*tartajea algo ininteligible mientras Luis sigue apretando*)

MADRE (*entra, muy malhumorada*): Alfonso, ¿qué haces? ¿De todos los colores? Y usted, Luis, ¿por qué no se está quieto? ¿Por qué no pone las manos donde debe? (*Luis suelta los extremos de la bufanda enojado. Alfonso se apura a recobrar aliento*) ¿No tienen juicio? ¡Como para realizar la limpieza con tranquilidad! Siempre con el pensamiento puesto en ustedes, par de tontos. ¿Qué hace esa planta en el suelo? ¿Por qué no vigilan al niño, en lugar de hacer estupideces? Me gustan los niños, pero no los soporto. (*Se dirige hacia el niño*) ¡Niño, no toques mis plantas, si no me conocerás! (*Toma la estaca y la mete dentro del tiesto. Luego dirige una enfurecida mirada a los tres y sale*)

LUIS (*muy ofendido*): ¡Qué humor tienes, querido! ¡Te felicito! Mejor hacer compañía a un cadáver. Es más divertido.

ALFONSO: Luis, no quería ofenderte.

LUIS (*reticente*): Sí, sí.

ALFONSO: Perdóname. No puedo vencer mi pánico de que me ahorquen. Es tonto, lo sé, pero no puedo evitarlo.

LUIS (*grita*): ¡Entonces no se juega! (*Se acerca a la ventana y tamborilea los dedos sobre el vidrio. Pausa. Hablando ostensiblemente para sí mismo*) Están arreglando la calle. Un montón de tipos, chicos, grandes,

un energúmeno. Seguramente tendrán mejores modales que en esta casa. Sí, seguramente, ¡mejores modales!
(Un silencio)

ALFONSO (*tímidamente*): ¡Luis...! (*Silencio de Luis*) ¡Luis...! Sé un chiste nuevo. ¿Te lo cuento? (*Silencio de Luis*) ¿Sabes por qué los perros cuando se encuentran se huelen la cola? (*Tamborileo indiferente de Luis sobre el vidrio. El niño levanta la cabeza y escucha con gran atención*) Hubo una vez una fiesta y los perros colgaron todos sus traseros en las perchas porque la cola les molestaba para bailar. Alguien dio una voz de alarma y salieron todos disparando. Cada cual agarró el trasero que le vino a mano. Y ahora... ahora se huelen para reconocer sus verdaderos traseros. (*Silencio de Luis. Se escucha de pronto, la risa del niño, es una risa deliciosa, ingenua y divertida, sin pasado. Luis y Alfonso lo miran adustos, y el niño se calla. Luis se vuelve hacia Alfonso, lo mira, se ablanda*)

LUIS: Tú... ¡para contar cuentos!... Eres horrible.

ALFONSO (*dócil*): Sí, sí.

LUIS (*se acerca a Alfonso, comprensivo*): ¿Qué pasa, Alfonso? ¿Por qué ese malhumor?

ALFONSO (*conmovido. Señala el artefacto*): Mira.

LUIS: ¿Dónde te lastimaste? ¿Pero cómo cometiste esa torpeza? ¿No tienes ojos?

ALFONSO (*disculpándose*): Pa... pasó.

LUIS (*inclinándose hacia el artefacto*): ¿Pero cómo pasó?

ALFONSO: Anteanoche. Iba por la calle, siempre miro los tachos de basura, si encuentro alguno bonito, volteo la basura y se lo traigo de regalo a mamá. (*Señalando los tiestos*) Ella pone tierra y planta. Y anteanoche... al lado de un tacho de basura, encontré esto. Toca. Es de hierro. Pensaba venderlo como hierro viejo o regalárselo a mamá, no sabía. Y a la mañana siguiente... ¡ay! (*Luis tironea del pie*) voy a... a... ¡ay!, ¡me lastimas!...

LUIS (*muy atareado, tironeando el pie de Alfonso*): Cá-

vendré con ropa de trabajo, un mameluco.

ALFONSO: Tengo uno allí, en el ropero.

LUIS: ¿Estás loco? Yo no me disfrazo con ropa ajena. Además, perdóname, no me parece higiénico.

(Aparece la madre. Se ha puesto una peluca con un peinado a la moda, brillante y juvenil, que contrasta horriblemente con su cara, muy pintarrajeada ahora. Lleva zapatos de tacos altos con los que casi no puede caminar y viste un vestido, blanco y juvenil, que no corresponde a su medida)

MADRE (agria): ¿Todavía aquí?

LUIS (gentil): ¿Molesto?

MADRE: No lo decía por usted. Los amigos de Alfonso, son mis amigos.

LUIS: ¡Ah, señora! Es un placer escucharla. Soy amigo de Alfonso, sólo para ser su amigo.

MADRE (ríe halagada): ¡Ah, cómo habla usted! Las chicas deben perseguirlo a montones.

LUIS: No crea.

MADRE (sintiéndolo): ¡Con esa cara...!

LUIS: Las que me importan son las que están en la flor de la edad.

MADRE (coqueta): ¿Cuáles?

LUIS (se le acerca, insinuante): ¿No lo imagina?

MADRE (idem): ¡Ay, no sé! ¡Tengo tan poca práctica! *(Toma la taza encima de la mesa de luz)*

LUIS: Señora, no se incomode. ¿Para qué estoy yo? *(Trata de sacarle la taza de las manos)*

MADRE (no abandona la taza): ¡No! ¡Por favor, Luis! Puede mancharse.

LUIS (magnánimo): ¡Qué importa! *(Se queda con la taza)* Después me baño.

MADRE (ríe): ¡Cómo es gentil usted! Ya no quedan muchachos así. Ni siquiera Alfonso.

LUIS (riendo): ¡Soy de la «belle époque»!

(Van a salir y tropiezan con alguien. De rebote, caen de nuevo sobre la escena, la taza vuela, la madre pierde

los zapatos)

MADRE: ¡Carroña! ¡Mis zapatos! *(los busca)*

LUIS: ¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿No ve dónde camina?

(Entra el muchacho. Es un joven inmenso y musculoso, con un saco azul de trabajo y un pequeño casquete en la cima del cráneo. Trae una botella en la mano)

MUCHACHO: Perdonen. Sólo quería un poco de agua...

MADRE (agria): ¿Para qué?

MUCHACHO: Para mí. Reviento de sed.

LUIS: Fíjese cómo habla. Hay chicos. Después aprenden y hablan como la mona.

MUCHACHO: Discúlpeme.

MADRE *(tendiendo la mano hacia la botella, con malos modos)*: Déme.

LUIS: No. No se moleste. *(Al hermano)* Muévete. ¡Trae agua! *(Le da la botella, el niño la toma y sale)*

MUCHACHO *(mira amistosamente a Alfonso. En seguida, ve el artefacto)*: ¿Qué le pasó?

ALFONSO (molesto): Un... un accidente.

MADRE *(muy digna, a Luis)*: ¡Hay que aguantar cada intromisión!

LUIS: Tenga paciencia, señora.

MADRE: ¿De dónde salió?

LUIS: Están arreglando la calle. *(Despectivo)* Usted es de la calle, ¿no?

MUCHACHO: Sí. *(A Alfonso, amistosamente)* ¿Por qué no se acuesta?

ALFONSO (seco): No puedo.

MUCHACHO: ¿No puede...? ¿Por qué? *(Con entera facilidad levanta el artefacto y por ende a Alfonso, que pega un alarido y cae sobre la cama)*

LUIS *(con rabioso asombro)*: ¿Cómo lo movió?

MUCHACHO: Fue fácil. No pesaba. *(A Alfonso, enjugándole la cara con un pañuelo sucio. Afectuosamente)* ¿Está mejor así?...

ALFONSO *(a regañadientes)*: Sí, estoy mejor. *(Apartán-*

dole la mano y el pañuelo) ¡Déjeme tranquilo!

(Entra el niño con el agua. Se la da al muchacho)

MUCHACHO: Gracias. (Hurta en los bolsillos y saca un caramelo. Al chico) Abre la boca. (El niño niega con la cabeza) Vamos, abre la boca. Cierra los ojos. (Desconfiado, el chico obedece. El muchacho le pone el caramelo en la boca. Ríe bonachonamente) ¡Tiene papel! (El chico, desconfiado, se saca en seguida el caramelo de la boca y lo examina. Al ver que no hay engaño, sonríe al muchacho con una sonrisa idéntica a la risa, ingenua y transparente. Empieza a sacarle el papel)

MUCHACHO: ¡Gracias por todo! (Sale)

LUIS (se acerca al hermano, le arrebató el caramelo, le pone otra vez el papel y se lo guarda en el bolsillo): ¡Mil veces te repetí que no aceptarás nada de extraños! (Le señala el rincón) ¡Vete a ese rincón y juega!

ALFONSO (sincero): ¡Qué alivio!

LUIS (amoscado): ¿Por qué?

ALFONSO: ¡Estirarme!...

LUIS (idem): Sí, ya me parecía que no podía ser por otro motivo, el alivio. ¡Muy bien! Toda la mañana perdida aquí, a tus pies, ¿y dejas que cualquiera intervenga? ¿Soy un idiota que no sé lo que hago?

ALFONSO (disculpándose): No, Luis. Vino él solo.

LUIS: Lo sé. Pero para otra oportunidad, me avisas. Si ese trabajo podía hacerlo cualquiera, no necesitabas llamarme.

MADRE: No se haga malasangre, Luis. No vale la pena. Alfonso será siempre el mismo desconsiderado. ¡Lo es conmigo, su madre! No escarmienta; va a quedarse solo como un perro.

LUIS: ¡Uno cree hacerle un favor, señora, y...!

ALFONSO (se incorpora): Luis, te agradezco tanto que hayas venido.

LUIS: Sí, sí, agradece. Pero el mal está hecho.

ALFONSO (infructuosamente intenta mover el artefacto): No puedo moverlo. Si no, te lo aseguro, me tiro al sue-

lo otra vez.

LUIS: ¡Cállate! ¿Qué gano yo con eso? ¿O crees que tirándote al suelo, repararás mi dignidad? (A la madre) Señora, lamento que contemple esta escena, pero comprenderé mi decepción. La amistad, ¿para qué sirve? Pensaba venir mañana con un mameluco blanco, descuidar mis propias actividades, permanecer aquí, oliendo esos pies hediondos, hasta librarlo, pero ahora, se lo confieso, me pregunto si valdrá la pena realizar tanto sacrificio. Si cualquier advenedizo puede entrar y actuar libremente...

ALFONSO (ansioso): Pero puedes venir a quedarte, Luis. Había tornillos. No tocó los tornillos, el bestia ese.

MADRE: Luis, querido, no se haga malasangre. Yo, que soy la madre, le estoy muy agradecida. Lo necesitamos. Venga mañana.

(Un silencio)

LUIS (al cabo, muy digno): Vendré. Por usted, señora.

MADRE: ¡Qué buen corazón el suyo, Luis! (Aparte) ¡Si no fuera por la cara! Venga. Usted es goloso. Preparé unas masitas. ¿Me acompaña?

LUIS (galante): ¡Encantado! En su compañía, hasta el fin del mundo. (Risa complacida de la madre) ¿Qué preparó? (Salen. Se escuchan sus voces conversando íntimamente en el pasillo y luego una exclamación de la madre, como si la hubieran pellizcado)

VOZ DE LA MADRE (regocijada): ¡Ay! ¡Luis, por favor! ¡No tan fuerte! (Lanza una risa erótica y senil)

(Un silencio)

ALFONSO (mira al niño, hosco): ¿Qué estás haciendo? (Pausa breve, tímidamente) ¿Quieres... vaciar... vaciar...? (Señala las bacinillas debajo de la cama. Silencio e inmovilidad del niño) ¡Inútil! ¿Para qué te trae tu hermano? ¡Habla! ¿Eres estúpido? (Silencio del niño. Alfonso, con otro tono) ¿Quieres otro caramelo? ¿Quieres?

EL NIÑO (bajo, ansioso): ¿Tiene?

ALFONSO (*ríe, divertido*): ¡No, no tengo! Caíste, ¿eh?
(*Se toca la cabeza*) Te falla algo aquí, ¿no es cierto?
¡Qué mala suerte, tener este clavo por compañía...!
¿Por qué no serás Lily? (*Pausa. Bajo*) Lily... ¡Cómo
te extraño, Lily...! Y que me veas en este estado...
Pero me pondré bien e iremos a pasear. Iremos al zoo-
lógico. ¿Te gusta ir al zoológico, Lily? No, creo que
no. (*Piensa*) O sí, te gusta todo. (*Mientras habla, la
escena se va oscureciendo hasta la entrada de Lily, que
aporta otro tipo de luz, más cálida y viva*) El baile te
gusta. (*Humildemente*) Yo no sé bailar... torpe... he
sido siempre torpe... (*Entra Lily, da unos pasos y se
queda inmóvil. Es una rubia despampanante, cabellera
muy rubia y ondulada, boca grande y todos los atributos
de la femeneidad en doble volumen: senos, caderas,
piernas. Está vestida con gusto chabacano, vestido
muy ajustado, rojo brillante, con un tajo en el ruedo
que deja ver las piernas, flores en la cintura y una piel
sobre los hombros. Es una especie de Anita Ekberg
en «La dulce vida», pero distorsionada a través de los
ojos de Alfonso. Sonríe con una media sonrisa enigmá-
tica, burlona y al mismo tiempo llena de una conven-
cional coquetería. Tiene un cigarrillo encendido en la
mano y fuma insinuantemente, arrojando bocanadas de
humo en dirección a Alfonso, quien la descubre mara-
villado, como si no pudiera dar crédito a sus propios
ojos. Alfonso, después de un silencio, al niño, sin apar-
tar la vista de Lily, absorto y encandilado*) ¡Vete,
niño! Márchate de este cuarto. (*Fuerte*) ¡Déjanos
solos! Vete a jugar... a cualquier lado... afuera, le-
jos... Desaparece, por favor, desaparece... Déjanos...
(*El niño se incorpora lentamente, luego queda de pie,
inmóvil, sin expresión. Alfonso, con una voz distinta,
grave, muy emocionada*) ¡Lily! ¡Lily! ¡Ven a mis bra-
zos, Lily! (*Los tiende y cae con gran estruendo fuera
de la cama*)

SEGUNDO ACTO

CUADRO III

*La escena vacía, salvo un árbol raquítico a la izquierda
y unas feísimas flores artificiales, muy enhiestas, colo-
cadas directamente sobre el piso del escenario. Alfonso
está sentado debajo del árbol, más macilento y con la
barba crecida. Viste un saco sobre la camiseta, pero
sigue con los calzoncillos largos, el aparato ceñido al
pie, envuelto en unos trapos. Está resfriado. Sorbe de
tanto en tanto. Aparecen Luis y la madre por la dere-
cha, tomados de la mano. Luis viste un impecable ma-
meluco blanco, con camisa y corbata con perla. La
madre lleva peluca, un vestido claro y juvenil que no
le pertenece y zapatos con tacos altos. Están contentos
y canturrean.*

LUIS: ¿Qué haces aquí, solo como un hongo?

ALFONSO: Me distraigo.

LUIS: Podías ser más divertido. ¿Por qué no te trajiste
una guitarra?

MADRE: ¿Te gusta el paseo, hijo?

ALFONSO: Sí, mamá. ¿Dónde fueron?

MADRE (*señalando*): Por allá. No hay nada. Piedras y
cascotes por todos lados. (*A Luis*) ¿Y por allá qué
hay, Luis?

LUIS: Casillas.

MADRE: ¿Deshabitadas?

LUIS (con empaque): Circunstancialmente. (Saca un paquete de cigarrillos)

ALFONSO (ansioso): ¿Me das uno?

LUIS: ¡Ah, no! Cómprate. (Invita a la madre) ¿Fuma, señora?

MADRE: No, Luis, no fumo. ¡A mi edad!

LUIS: Nunca es tarde para aprender. Pruebe.

MADRE (riendo): ¡No, Luis! ¿Qué dirá Alfonso? ¡Es tan severo! ¿No te opones, Alfonso?

ALFONSO: No, mamá. Prueba. Si no te gusta, me lo das. (Luis enciende un cigarrillo y se lo coloca en la boca a la madre)

MADRE: ¿Cómo se hace?

LUIS: Aspire.

MADRE: ¿Tan simple? ¿Nada más que eso?

LUIS: Nada más. ¿Vio qué fácil? Todas las chicas fuman.

MADRE (aspira como para tragar a un buey, se atora, tose y escupe): ¡Ay, qué asco! Estoy mareada. Me siento desvanecer. (Se apoya en Luis)

LUIS (la sostiene por debajo de las axilas y le toca los senos): No se asuste. Yo la sostengo, señora.

MADRE: ¿Y tú, Alfonso, qué haces? ¿Me dejas así? ¡Qué hijo!

(Infructuosamente, Alfonso está tratando de alcanzar el cigarrillo tirado en el suelo)

LUIS (a la madre): Venga, señora. Vamos a tomar aire.

MADRE: ¿Qué hay en las casillas?

LUIS: Los dueños vienen durante el verano. Ahora no hay nadie. Venga, le mostraré. Se abren con una patada.

MADRE (coqueta): ¿Nadie?

LUIS: Le digo que no.

MADRE: ¿Y qué hay adentro?

LUIS: Cajones, sillas, catres.

MADRE (interesada): ¿Catres?

LUIS: Sí. Venga. (Saca un peine y un espejo del bolsillo.

Le entrega el espejo a Alfonso y comienza a peinarse. Se peina con mucho cuidado, interminablemente) Derecho, Alfonso. (Se aplasta el pelo con unos golpecitos de las manos. Alfonso mueve el espejo) Derecho, Alfonso. Manos de manteca.

MADRE (acercándose): ¡Oh, cuánta caspa! Espere que se la saco. (Le sacude los hombros. Se pega a él y mojándose la punta del dedo, le saca la caspa, una por una)

LUIS (halagado): Usted es la mujer de mis sueños.

MADRE: ¿No Lily?

LUIS: ¿Quién conoce a Lily?

ALFONSO: Luis, tú para quedar bien con mi madre excedes cualquier límite.

LUIS (bromista): Yo no la conozco. ¿Usted, señora?

MADRE (idem): Yo no tengo más remedio. ¡Ay, cómo me duelen los pies! ¡Estos malditos zapatos! (Se los saca y los arroja a Alfonso) Sigue obstinándote en comprarle zapatos chicos a Lily. Pobrecita, se quejó el otro día, conmigo. ¿No te dijo nada?

ALFONSO: Lily tiene el pie chico, mamá. A ella le quedan bien.

MADRE: ¡Qué cabeza! (A Luis) Imposible convencerlo. (Nuevamente a Alfonso) ¿Me trajiste las zapatillas?

ALFONSO (saca las zapatillas del bolsillo y se las tiende): Aquí están, mamá. Tengo frío.

MADRE: Yo también.

ALFONSO: ¿No podremos volver?

MADRE: ¿No escuchas? Te digo que tengo frío. Quiero caminar y calentarme un poco. Ya estaré quieta en la tierra.

ALFONSO: Me gustaría volver, estoy cansado. Voy a resfriarme, mamá.

MADRE (ríe): Alfonso, ¡con tu salud de hierro! Además, este frío sólo penetra hasta los huesos. No va más allá.

ALFONSO (débilmente): Quiero volver.

MADRE (irritada): ¡No insistas! No fue ese el trato. Aguántate. No eres compañía agradable, hijo. Por otra

parte, el aire fresco tiene sus ventajas, te hará bien, despierta el apetito. Jamás vi a nadie con un color como el tuyo. ¿No es verdad, Luis, que tiene mal color?

LUIS: Sí, muy mal color. El encierro. ¡Si no sale nunca!

ALFONSO: Atardece, mamá. Lily me espera.

MADRE: ¡No mientas! Lily estaba durmiendo cuando nos fuimos. Tú sabes que ella duerme a tirones. Puede ser que siga durmiendo, que haya salido. De cualquier forma, no te espera. Contesta: ¿es cierto o no?

ALFONSO: Sí, mamá. Es cierto, pero...

LUIS: Señora, si continuamos en este tren, se nos viene la noche encima.

MADRE: Tiene razón. ¡Es este cargoso! ¡Qué aguafiestas! ¿Para qué lo trajimos?

LUIS: Idea suya, señora.

MADRE: ¡Pero, Luis! ¿Qué iba a pensar la gente si salíamos solos? No soy una niña. Debo cuidar mi reputación. Por Alfonso.

ALFONSO: ¿No podría irme solo, mamá?

MADRE: ¿Con quién? Tengo que avisarle al muchacho para que pase a recogerte.

ALFONSO (*molesto*): ¿A ese?

MADRE: ¿A quién? No te voy a llevar en brazos. Ya pasaron esos tiempos.

ALFONSO: ¿Y el carrito del verdulero?

MADRE: No. El verdulero dijo que su oficio era vender verduras, no llevar a jóvenes al campo. Y no le falta razón. Te sentaste sobre un tomate. Tuve que pagárselo.

ALFONSO: Fue sin querer.

MADRE: Sin querer o queriendo, es lo mismo. Espera al muchacho, Alfonso. Lo más, podrás pisarle los callos. (*Luis rompe a reír estruendosamente, festejando el chiste. Madre, indulgente*) Usted, cálese y lléveme a ver las casillas.

LUIS: A sus órdenes, señora.

MADRE (*a Alfonso*): Una vueltita, nada más. Para entrar en calor. (*Lanza una risita tonta*) ¡En calor...! Luego le aviso al muchacho. Regresaremos para hacerte compañía. ¡Por qué te querré tanto, querido!

ALFONSO: Dile que venga pronto, mamá.

MADRE (*mirando a Luis, distraída*): Sí, querido, sí, querido. (*A Luis*) ¿Por allá están las casillas?

LUIS: Sí, por allá.

MADRE: ¿Son fuertes los catres? ¿Resistentes?

LUIS: Aguantan.

MADRE: ¿No hay nadie? (*Salen. Se escucha el grito de la madre, como si Luis la hubiera pellizcado y su risita erótica y senil. Madre, riendo, afuera*) ¡Otra vez!

CUADRO IV

Alfonso duerme, cada vez más macilento. Amanece. Despierta de golpe, se mata un bicho sobre la mano. Está completamente duro, cada movimiento es un fuerte chirrido. Poco a poco consigue mover los hombros, el cuello, girar la cabeza. Estornuda. Sorbe. Entran la madre y Luis. La madre corre hacia Alfonso.

MADRE: ¡Alfonso, querido! (*Lo besa*) Ayer se nos hizo tan tarde mirando las casillas que nos marchamos directamente a casa. ¿Qué íbamos a hacer los tres en la oscuridad? ¡Hacía tanto frío! ¿Pasaste mala noche?

ALFONSO (*ansioso*): ¿Me esperó Lily?

MADRE (*con una mueca*): ¡Es imposible quererte! ¿Por qué preguntas por Lily? Apenas llego, preguntas por Lily. Sabes que no la puedo ver. ¡Déjala en paz!

LUIS (*cantando*): ¡No había nadie en el hogar!
¡No había nadie en el hogar!
¡Entramos y no había nadie!

ALFONSO (*entiende, contento*): Está bien, mamá, está

bien. No te pregunto nada. No me importa.
LUIS (*pisa un hormiguero*): ¡Ay! ¡Me picó una hormiga!
(*Salta como un acróbata*)
MADRE (*corre hacia él*): ¡Venga, Luis! ¡No corra! Sáquese la media. (*Luis sigue saltando*) ¡Venga! Si no, la hormiga camina, camina y quién sabe adónde llega. (*Lo hace sentar, le saca el zapato y la media*) Acá está. (*Le muestra la hormiga*)
LUIS: Me pica.
MADRE (*se pone saliva en la punta de un dedo y le frota el pie, le besa el lugar lastimado*): Sana, sana, culito de rana... ¿Pasó?
LUIS: Sí, ¡qué buena es!
MADRE: ¡Cómo para no serlo con usted, Luis!
ALFONSO: Mamá, ¿avisaste al muchacho?
MADRE (*molesta por la interrupción*): Sí.
ALFONSO: ¿Cuándo vendrá?
MADRE: Esta tarde. Debes tener un poco de paciencia, hijo. Tú le diste confianza y ahora te aguantas.
ALFONSO: ¡Se la toma, mamá!
MADRE: Es lo mismo.
ALFONSO: Quiero irme.
MADRE: Nunca estás conforme. Puedes aprovechar el aire libre. En el futuro no podrás salir muy seguido, así que: aprovecha. No hay mal que por bien no venga.
ALFONSO: ¿A qué hora vendrá?
MADRE: La hora, no sé. Después del trabajo. Siempre que no vaya al cine con la novia.
ALFONSO: ¿Sólo vendrá después del cine?
MADRE: ¡Y sí! ¿Qué quieres? Es joven, no puedes tenerlo atado a tus pies, siempre a tu disposición. Reflexiona.
LUIS: ¡Oh, señora, no defienda a ese energúmeno!
MADRE (*coqueta*): ¿Está celoso?
ALFONSO: ¿Por qué tendrá tanta fuerza, eh, Luis? ¡Qué distribución más injusta!
MADRE: Te traje un sandwich. (*Le pone un sandwich en*

la mano) Te mimo demasiado, hijo.
LUIS (*molesto*): ¿Le da un sandwich a él? ¡Pero, señora, le dije que tenía hambre!
MADRE (*muy preocupada*): ¿Tiene hambre, Luis?
LUIS: ¡Sí!
MADRE: Alfonso, ¿tú para qué quieres...? Comes mucho pan, bebes agua, y la miga se te hincha en el estómago. Y además, ¡tienes tan poco apetito! (*Suavemente, le arranca el sandwich de las manos y se lo da a Luis, mientras le habla a Alfonso como a un niño, casi canturreando*) Limpié tu cuarto, le puse flores, regué las plantitas... Espera, voy a recogerte unas flores...
LUIS (*aparte, susurrando mientras la madre recoge flores, bromista*): Esta tarde voy al cine con Lily. (*Come el sandwich*)
ALFONSO: ¿La viste?
LUIS: Sí, en la esquina.
ALFONSO: Que no se entere mamá.
LUIS: ¿La dejas ir al cine?
ALFONSO: Sí, sí. ¿Cómo no voy a dejarla? ¡Pobrecita!
LUIS: ¿Conmigo?
ALFONSO: Sí.
LUIS: ¿No desconfías?
ALFONSO: Por Dios, Luis, ¿qué ideas se te ocurren? ¿Quién mejor que tú?
LUIS (*con doble sentido*): Sí, sí, ¿quién mejor que yo?
MADRE: ¿Qué murmuran?
LUIS: Secretos.
MADRE (*aniñada*): ¡Quiero saberlos! ¡Quiero saberlos!
LUIS (*tiernamente*): ¡No sea niña!
ALFONSO (*sorbe*): Mamá, ¿no tienes un pañuelo?
MADRE (*le entrega uno*): Sí, toma.
ALFONSO (*lo observa*): ¿De Lily? (*Sorbe y no se atreve a sonarse*)
MADRE: ¿Qué pretendes? ¿Que te preste los míos? Lily volvió a repetirme que todos los zapatos le quedan chicos.

ALFONSO: No, no, mamá. No le quedan chicos.

MADRE (*en tren de pelea*): ¡Te digo que sí!

LUIS (*pisa otro hormiguero. Salta con grandes aspavientos. Se aleja saltando sobre un solo pie*): ¡Ay! ¡Ay!

¡Me picó otra hormiga! ¡Ay! ¡Ay!

MADRE (*a Alfonso*): ¡Mira qué escandaloso! ¿Adónde va? (*Tira las flores al suelo y corre en su seguimiento*) ¡Qué tipo!

(*Salen Luis y la madre. Alfonso sorbe, mira el pañuelo de Lily y se lo pone en la cabeza. Llega el muchacho con un carrito, una especie de carretilla baja con una o dos ruedas*)

ALFONSO (*desagradablemente sorprendido*): ¿Usted aquí?

MUCHACHO: Vine a buscarlo.

ALFONSO: ¿No trabaja?

MUCHACHO: Pedí permiso. Mañana compenso. ¿Lily?

ALFONSO: Fue al cine. Debí obligarla. Siempre metida en casa, necesita distraerse un poco. Temo que se enferme.

MUCHACHO: ¿Cómo es Lily? ¿Parecida a quién?

ALFONSO (*seco*): No la puedo describir. No es una actriz de cine.

MUCHACHO: ¿Cuándo la conoceré? Tengo muchas ganas de conocerla, señor Alfonso.

ALFONSO (*malhumorado*): ¡Hay tiempo! ¡Hay tiempo! (*Para cambiar de conversación*) ¿Su novia?

MUCHACHO: Allá quedó. No quería que faltara al trabajo.

ALFONSO (*fastidiado*): ¿Pero faltó o pidió permiso?

MUCHACHO: Es igual. No tiene importancia. Cuando no hago su voluntad, se enoja. Nos peleamos. (*Sentido*) Pero tanto da, me aguantaré.

ALFONSO: Pero faltar al trabajo sin causa justificada, no me parece correcto. ¿Por qué no le hizo caso?

MUCHACHO: Es lo que me dijo su madre. Vaya al trabajo, no hay apuro. No lo comprendo.

ALFONSO: ¿Qué es lo que no comprende usted? Deje tran-

quila a mi madre.

MUCHACHO: No quise ofenderla, señor Alfonso. ¿Pero hasta cuándo esperaría usted? No le va a hacer bien.

ALFONSO (*acalorándose*): ¡Sí, el aire fresco me hace bien! Se dará cuenta que no me causa ninguna gracia crearle problemas.

MUCHACHO: Ningún problema, señor Alfonso. Créame. Debí callarme la boca.

ALFONSO: Pero habló. (*Muy molesto*) ¡Por mí! ¡Por mí! ¡Maldito sea!

MUCHACHO: No maldiga, señor Alfonso. No lamento lo sucedido. Lo hecho, hecho está. Pollitas hay en todos lados. No todas las mujeres poseen las cualidades de Lily, lo sé. Pero... pero la quería...

ALFONSO: Está bien. Lo comprendo. Pero si vino para contarme sus cuitas, se hubiera ahorrado el viaje y el disgusto con su novia. Lily quizás me esté esperando. No tengo tiempo para perder y luego, entre hombres, las confidencias están de más.

MUCHACHO: Oh, discúlpeme, señor Alfonso. ¿En qué estaba pensando? (*Con mucho cuidado, casi con ternura, levanta a Alfonso, lo sostiene entre los brazos. Visiblemente, Alfonso le hunde el codo en las costillas para apartarse del contacto*) ¿Se siente bien, señor Alfonso?

ALFONSO: Sí, sí. Pero dos días de campo me han puesto a la miseria.

MUCHACHO (*natural*): Huele mal. (*Huele*) El pie huele mal, señor Alfonso.

ALFONSO (*agrío*): No es el pie. Es el artefacto que se está pudriendo. El hierro se pudre, ¿sabe usted? Vamos. Quiero higienizarme un poco antes de que llegue Lily. Imaginaré que las relaciones entre hombre y mujer exigen salud, limpieza, salvo casos de necrofilia, y no es nuestro caso, evidentemente. (*Concluye con una corta risa de superioridad*)

MUCHACHO (*que lo escucha absorto*): ¿No es el caso

de ustedes?

ALFONSO: Naturalmente, pero insisto en que esos detalles no se cuentan a cualquiera. *(Una pausa)* ¡Pero siénteme, hombre! Me encuentro ridículo.

MUCHACHO: Sí, sí, perdóneme. *(Solicito, lo deposita sobre el carrito)*

ALFONSO *(con sospecha)*: ¿O abriga otras intenciones conmigo?

MUCHACHO *(sin entender)*: ¿Con usted?

ALFONSO: No soy tonto. ¡Puerco!

MUCHACHO: ¿En qué lo ofendí, señor Alfonso?

ALFONSO: ¡En nada, en nada...! Aguanta, Alfonso, aguanta. ¿Qué vas a hacer? ¡Lléveme a casa!

MUCHACHO: En seguida, señor Alfonso. *(Empuja el carrito. Una pausa)* Y Lily, ¿Lily cómo es? ¿Rubia? ¿No tiene una fotografía?

ALFONSO *(mientras el muchacho lo empuja con el carrito, enojado)*: ¡No tengo nada! ¿Usted cree que me paso la vida pensando en Lily? ¡Tengo otras cosas que hacer!

MUCHACHO: Pero... ¿qué puede usted hacer... así?

ALFONSO *(violento)*: ¿Cómo así? ¿Qué soy? ¿Un inútil?

MUCHACHO: ¡No, no! Me entendió mal.

ALFONSO *(para sí)*: ¡Qué falta de tacto! ¡Qué caballo!

MUCHACHO: No me sé explicar. Hablo poco. Y cuando hablo...

ALFONSO: En boca cerrada no entran moscas. Cállese.

MUCHACHO: Pero... Quería decir... Creía que usted pensaba siempre en Lily. No sé en qué cosa mejor puede pensar.

ALFONSO: ¡Lily no es una cosa! ¿Usted qué sabe? Tengo cerebro, joven. Lo uso. Pienso... pienso... *(no encuentra nada)*

MUCHACHO *(sinceramente interesado)*: ¿En qué?

ALFONSO *(contento)*: En los muertos. En eso pienso.

MUCHACHO *(estúpido)*: ¿En...?

ALFONSO: ¡En los muertos! Me gusta pensar en los muer-

tos. Es una costumbre vieja. Los cuento.

MUCHACHO *(asombradísimo)*: ¡Hay tantos!

ALFONSO *(con envidiosa sospecha)*: ¿Tantos? ¿Conoce muchos usted?

MUCHACHO: No. Conocer... no.

ALFONSO: Y entonces... ¿para qué se da corte? Los que conozco, dije. Personalmente. A los muertos que conozco personalmente, me refiero.

MUCHACHO: ¡Ah!

ALFONSO: Conté seis anoche, mientras esperaba el sueño. El aire de campo me despejó. Nunca había llegado a más de uno.

MUCHACHO: ¿Y ahora?

ALFONSO: Tengo seis. *(Con una risita)* Los había olvidado.

MUCHACHO: ¿Quiénes son, señor Alfonso?

ALFONSO: Mi abuela, mi abuelo, mis tres primos. Murieron todos juntos. De golpe, aumentó mi colección. Los agarró un tren. *(Ríe)* ¡Se llama tener suerte! *(Súbitamente desalentado)* Pero podría conocer más. Es poco. *(Una pausa)* ¿Usted se siente bien?

MUCHACHO: Sí, ¿por qué? ¿Y Lily? Lily nunca debe estar enferma, ¿no?

ALFONSO: ¡Se lo dije! ¡Somos sanos!

MUCHACHO: ¿La conoceré ahora, señor Alfonso? ¿No me podría mostrar una fotografía? Así, apenas la vea...

ALFONSO *(lo interrumpe, muy fastidiado)*: ¡No la va a ver! No se haga ilusiones, ¿quiere? ¡Termínela con Lily! ¡Me pudre! ¡Estoy cansado de repetirle que no quiero hablar de Lily con usted! ¡Ni una palabra quiero hablar! ¿Es sordo? *(Salen)*

CUADRO V

La habitación de Alfonso. Han desaparecido las baci-

nillas debajo de la cama. Entra el muchacho con Alfonso en brazos.

MUCHACHO (*grita*): ¿No hay nadie? (*a Alfonso*) Parece que no han llegado aún, señor Alfonso. (*Lo deposita sobre la cama*). Le traeré una palangana con agua, podrá lavarse.

ALFONSO (*bosco*): No. No quiero nada, esperaré a mi madre.

MUCHACHO: Quién sabe cuánto tardará aún, señor Alfonso. Ahora le traigo el agua.

ALFONSO: ¡Le digo que no, joven! Está ansioso por intimar conmigo, me doy perfecta cuenta. Pero no, no lo secundaré en su juego. (*Grita*) ¡Soy un hombre sano!

MUCHACHO (*pacífico*): Sí, señor Alfonso. Es el artefacto el que huele mal. Lávese.

ALFONSO: ¿Qué tengo que ver yo con el artefacto? Déjeme en paz, joven. No se tome confianza. Cada cual en su lugar, es lo mejor.

(*Se escucha el ruido de la puerta de la calle y la voz de la madre. Viene cantando. Entra. Trae la peluca en la mano y está desgredada, como si hubiera trotado bastante*)

MADRE: Oh, ¿ya aquí? ¡Cómo se adelantaron! ¿Por qué tanto apuro? Usted, joven, ¿no iba a buscar a Alfonso a la tarde? ¿Por qué dice una cosa por otra?

MUCHACHO: Pedí permiso en el trabajo.

ALFONSO: O faltó. (*Despectivo*) Dice cualquier cosa. Mamá, ¿podrías alcanzarme una palangana con agua?

MADRE: ¿Yo?

ALFONSO: Estoy a la miseria. Me duele todo el cuerpo.

MADRE: ¿Y qué quieres? ¡Pretender salir a pasear en tu estado...!

ALFONSO: Se le ocurrió a Luis, mamá.

MADRE: No. Fue por las conveniencias. Y no acuses a Luis, que está ausente. (*Una pausa*) Fue a bañarse a

la casa. (*Al joven*) Nosotros no tenemos ducha. ¡Es tan limpio!

ALFONSO (*con timidez*): Mamita, ¿serías tan buena...?

MADRE (*cortante*): Del agua, olvídalo. No estoy a tu servicio. Espera a Lily, que te atienda ella. Para algo la tienes, ¿no?

ALFONSO: Pero me agradecería estar un poco presentable.

MADRE: Es tu esposa. (*Al muchacho*) ¿Escucha eso? ¡Habrás visto! Si no venía usted a vaciar las escupideras, a esta hora hubieran llenado toda la casa. (*Sigue hablando mientras el muchacho sale*) No, Alfonso, la esposa está para algo más que para el placer. No soy tu nodriza. Que te atienda ella. Yo estoy molida. He trotado demasiado. (*Soñolienta, sonriendo*) ¡Este Luis! ¡Si no fuera por la cara...! Voy a acost... (*Se interrumpe. Entra el muchacho con una palangana con agua y una toalla muy sucia*)

MUCHACHO (*contento*): Acá está el agua, señor Alfonso.

MADRE (*sardónica*): ¡Ah, qué confianza! ¡Muy bien, muy bien, joven! ¡Sigamos así!

ALFONSO (*enojado*): ¿Quién lo llamó?

MADRE (*idem*): ¡Dispone de todo como Perico por su casa! ¡Muy bien!

MUCHACHO: Pensé que... que quería usted lavarse. (*Le alcanza la palangana*)

ALFONSO: ¡Es el colmo! (*Toma la palangana, arroja el agua al suelo y luego arroja la palangana a varios metros de distancia mientras la madre aprueba con la cabeza. Gritando*) ¡No quiero nada de usted! ¡Me resulta insufrible! ¡Váyase! ¡Váyase, cuernos! ¡Váyase y déjeme en paz!

MADRE (*muy digna, con irritación*): Obedezca, joven. Se toma demasiadas atribuciones. Eso revienta a cualquiera. Esta no es su casa. Recuérdelo. Yo le aconsejaría que se marchara. No está el horno para bollos.

MUCHACHO (*tímidamente*): ¿Usted también quiere que me marche, señor Alfonso?

ALFONSO (*sin mirarlo, entre dientes*): ¡Pero sí! ¡Váyase!
¡Váyase, hágame el favor!

MUCHACHO: ¿No puedo servirlo en nada...?

ALFONSO (*le da la espalda, gritando*): ¡No!

MADRE (*empujando al muchacho hacia la salida*): Váyase, querido, váyase. Venga mañana, que quien sabe mañana pueda llevarlo al baño. Mañana es otro día, ¿eh? (*Admirada*) ¡Mañana es siempre otro día! Cambiará de humor. (*Le toca los bíceps. Admirada*) ¡Oh, qué músculos!

MUCHACHO (*mientras la madre lo empuja*): Hasta... mañana. (*Volviendo la cabeza*) ¡Hasta mañana, señor Alfonso! (*Alfonso no contesta, sale*)

MADRE (*feliz*): ¡Oh, por fin nos lo sacamos de encima! ¡Qué pegote! ¡Tiene unos músculos! (*Ríe senilmente*) ¡Pero a mí me gustan más flaquitos! ¡Lástima haberle dado tanta confianza! Lástima... (*sale*)

ALFONSO (*se da vuelta, se huele*): ¡Qué sucio estoy! ¡Qué olor! (*Pausa, reflexivo*) Puede ser que mañana mamá cambie de humor y me atienda... Qué carácter... Debe sentirse abandonada... Está tan celosa de Lily... ¿Y por qué? Lily la adora, Lily... (*Se interrumpe de pronto. Se incorpora, anhelante. Escucha un momento. Pregunta*) ¿Lily?... (*Entra Lily. Su entrada es teatral dentro del teatro, se queda inmóvil un momento y luego, como una actriz que hace su entrada en el escenario, comienza a moverse alrededor de la cama, con muchos meneos. No toca nunca a Alfonso ni se acerca como para que pueda tocarla. Está vestida como en la escena anterior. Alfonso, con una voz cambiada, casi de otro hombre, intensa y grave*) Lily, cómo siento que hayas venido ahora. ¡Estoy tan sucio!

LILY (*habla con mucha exageración, con los vicios de una norteamericana que no sabe hablar bien el castellano; cuando habla en inglés lo hace con mayor exageración aún, abriendo mucho la boca y separando las palabras, un poco como los niños o adolescentes imaginan que*

hablan el inglés los gangsters o las vampiresas) ¡Oh, no importa, baby!

ALFONSO: ¡Te extrañé tanto! Y llegas ahora, cuando ni siquiera puedo moverme de la cama...

LILY (*idem*): ¡No importa, baby!

ALFONSO: Lily, amor mío, querida, amor mío.

LILY (*sonriente*): Oh, tú también amor. ¡Darling!

ALFONSO: Siéntate aquí, Lily. (*Le señala la cama*) ¿Te gustó el cine?

LILY (*sorprendida*): ¿Cine?

ALFONSO (*conmovido*): ¿No fuiste al cine? ¿Por mí no fuiste?

LILY (*canta con énfasis, casi representando*): Todos los patitos se fueron a bañar, el más chiquitito se quiso quedar, la madre enojada, mucho, le quiso pegar. (*Pausa*) Lo aprendí para ti, Rodolfo.

ALFONSO (*corrigiendo*): Alfonso, Alfonso, Lily.

LILY: ¡Oh, siempre olvida! ¡Torpe!

ALFONSO: Gracias, Lily. Qué felicidad nuestros primeros tiempos. Te besaba las uñas, las manos. (*Cierra los ojos y se besa con amor su propia mano*) Nadie te conocía. Ni mamá ni Luis te conocían. Pero no hagas caso de mamá. Está vieja, rezongona. Luis se burla, pero te quiere. Te... (*bajo*) te desea, Lily...

LILY (*ajena*): Vimos... película... de amor. (*Traviesa*) Luis... pe... pe... ¿Cómo se dice? ¡Luis pellizca!

ALFONSO: ¡No digas eso! (*Pausa breve*) Estabas tan hermosa cuando nos conocimos. Bailabas con los otros. Te miraba y no sabía cómo hablarte. Yo, que nunca había tocado a nadie, que nunca había sido tocado por nadie, te miraba. Me bastó eso: mirarte. Y de pronto, me perteneciste.

LILY (*se ajusta las medias con los gestos de una vampiresa. Ajena*): ¡Hello, Billy!

ALFONSO: Y te acercaste y me dijiste: Alfonso, querido, amor mío.

LILY (*ajena*): ¡Hello, darling!

ALFONSO: ¡Qué extraño! No tenía nada, salvo a mamá y los tachos de basura, y de pronto te tuve a ti. Nadie podía alcanzarte... Sí, en los primeros tiempos, nadie podía alcanzarte, pero ahora... (Con un esfuerzo) Hay algo que... que me preocupa, Lily. (Angustiado) ¿Por qué no quieres que me acueste contigo? Precisamente yo, no quieres...

LILY (festiva): ¡My darling!

ALFONSO: La cama es chica, pero no es un motivo. ¡No es un motivo, Lily! ¿Por qué guardas tantas muñecas? ¿Para qué? Arroja algunas y hazme un lugar. Cuando camine, quiero ir contigo. No... no te tocaré, Lily, si no quieres. Te juro...

LILY: ¡No, no, please! No por eso, amor. Camita de nena, chiquita.

ALFONSO: No importa. Apenas pueda caminar, ¿me lo prometes, Lily? Me quedaré encogido en cualquier rincón, a los pies de la cama. ¿Me dejarás?

LILY (plañidera): No lugar, darling.

ALFONSO: Basta solamente con que arrojes dos muñecas, las de los pies: la negra y la de pelo de nylon.

LILY: ¡Oh, esas dos, no, no, no! ¡Muñecas estar conmigo siempre!

ALFONSO: Sí, sí, Lily. Quiero sentir... el... el olor... (tartajea)

LILY: ¡Oh, Billy, Billy, cómo hablas cruel! Cama chiquita. No caber. No caber nadie más. Tú, yo, Luis, muñecas, no caber todos en cama.

ALFONSO: Echa a las muñecas. Te compraré otras, después.

LILY (con risita idiota): ¡No, no, no! ¡Son mis hijitas, Billy!

ALFONSO (desesperado): ¡Echalas, Lily! ¡Echalas! ¡Deja un pequeño lugar para mí, deja un lugar para mí!

LILY (llora): Mis hijitas... ¿Abandonarlas...? ¡Oh, bruto, grosero! ¡Echar a mis hijitas! ¡Pobres criaturas!

ALFONSO (conmovido): No llores, amor. Amor mío, no

llores. No quería causarte ninguna pena. Mejor muerto. (Una pausa, bajo) Perdóname. (Un silencio)

LILY (plácida y sorprendida): No lloro, Billy. ¿Por qué muerto? ¡Billy, Billy, hello! (Saca un lápiz de labios y se pinta frente al espejo, canturrea) Todos los patitos... Rodolfo, ¿te gustó canción?

ALFONSO (bajo): Sí.

LILY: ¡Good-bye, good-bye, dear!

ALFONSO: Lily, ¿ya te vas? ¿Así?

LILY: Yes. ¡Cine con Luis! ¡Pellizca! ¡Malo!

ALFONSO: ¡No digas eso, Lily!

LILY: ¿No querer que vaya al cine? ¿Querer que quede contigo, amor?

ALFONSO: ¡No, no! Tienes que distraerte.

LILY: Yes, distra... distra... ¡Good-bye, baby!

ALFONSO: ¡Lily! ¡Lily!

LILY (sale tirándole besos con la punta de los dedos): ¡Baby! (se escucha su voz alejándose) ¡Baby!

ALFONSO (grita): ¡Lily!

MADRE (entrando, en camisón, sin peluca, con los cabellos revueltos, agria): Alfonso, ¿quieres callarte? No puedo pegar un ojo con tus gritos. ¡Agotas con tu Lily! (Con doble sentido) Pero no te agotas, ¿eh?

ALFONSO: ¡No te importa! ¡Deja en paz a Lily!

MADRE: ¡La dejo, la dejo! ¿Quién es? ¿Una princesa? Cuando hay que hacer algo, desaparece. Hermoso amor, Alfonso. Si no venía el muchacho a vaciar las... (señala el lugar que ocupaban las bacinillas)

ALFONSO: ¡Termínala con eso!

MADRE: Sí, pero por una vez deja de defenderla. Tengo los pies arrunados con tu manía de comprarle zapatos chicos.

ALFONSO: No son chicos. ¡Es una niña!

MADRE: Sí, yo también. (Se toma las puntas del camisón y canta como una niña idiota, balanceándose) La, la, la, la, la.

ALFONSO: ¡No te burles de Lily, mamá! ¡No te burles!

MADRE (*más alto, exacerbada*): ¡La, la, la, la, la, la!

CUADRO VI

La habitación de Alfonso. Una tira de papeles de colores cuelga del techo. Alfonso se encuentra sentado en la cama, visiblemente débil y macilento. El muchacho le está colocando un saco sobre la camiseta. Luego, le seca la cara con la punta de una toalla. Muy compuesta y con aire atareado, entra la madre. Tiene las manos completamente ocupadas con platos y unas botellas. Dispone todo sobre la cómoda y aproxima unas sillas en círculo.

MADRE (*al muchacho, agria*): ¿Terminó? ¡Mire que es lerdo!

MUCHACHO: Sí, señora. Ya está limpio.

MADRE: ¿Quiere hacerme un mandado?

MUCHACHO (*manso y obstinado a la vez*): ¿Yo?

MADRE (*idem*): ¿Quién si no? ¿El vigilante de la esquina?

MUCHACHO: No quiero dejar solo a Alfonso...

ALFONSO: Por mí... (*bufa*)

MUCHACHO: Conseguí una lima más grande, señor Alfonso.

MADRE: ¡Oh, no, joven! Por favor. Hoy queremos divertirnos. Déjese de limas. No fastidie. Y no se haga el desentendido, ¿quiere? ¿Va o no?

MUCHACHO (*asombrado de su propio valor*): No. (*Un suspiro*) No voy.

MADRE (*furiosa*): ¡Maldito sea! ¡Siempre el mismo insolente!

ALFONSO (*tartajoso*): Sea respetuoso... con... con... mí... mí... ma... ma... dre.

MUCHACHO: No quise ofenderla, señor Alfonso. (*Una*

pausa) Le mostraré la lima. Hoy, seguramente... (*Se inclina y recoge un envoltorio del suelo, desenvuelve una gran lima*) Con esto, no hay artefacto que aguante.

MADRE: Espere que se llene de óxido. Luego se rompe solo. Mi abuelo tenía un coche al aire libre y se oxidó tanto que desapareció. ¿Para qué tanto apuro?

ALFONSO (*tartajoso*): No te... entiende... Es un... un... ado... adoquín, mamá. No te... te... te... te gastes.

MADRE (*muy digna*): Lo sé, querido.

ALFONSO (*idem*): Mamá... ¿vendrá... Lily?

MADRE: ¡Qué pregunta! ¡Naturalmente!

ALFONSO: ¿Cucú... cu... cu... ándo...?

MADRE: ¿Qué sé yo cuándo? Cuando se le antoje. Va, viene, como se le antoja. ¿Para qué estoy yo, eh, Alfonso? ¿Para qué tienes a tu madre?

LUIS (*llamando desde el interior*): ¡Mamá, mamá! (*Se asoma, masticando*) ¿No hay vino?

MADRE (*indulgente*): Pero, Luis, ¿qué está haciendo? Ya le di una botella.

LUIS: Comí mucho, mamá. Necesito mojarlo.

MADRE: Bueno, pero, ¿para qué se apuró a comer? Si tenemos fiesta.

LUIS (*con una risita*): Por eso mismo. Me prevengo. ¡A ver si me quedo con hambre!

MADRE (*indulgente*): ¡Ah, qué Luis, éste! (*Le pega un suave bofetón en la mejilla*) ¡Tan simpático!

MUCHACHO: ¿Su hermano? ¿No lo trajo, señor Luis?

LUIS: ¿Ah, también se mete con mi hermano?

MUCHACHO: Le había comprado caramelos.

LUIS: ¡Guárdelos! (*Piensa*) No. Démelos. Se los daré. (*El muchacho le entrega los caramelos. Luis se los pone en el bolsillo, pero al instante sacará uno y se los irá comiendo uno tras otro*)

MADRE (*muy digna*): ¿Con quién dejó al niño, Luis?

LUIS (*distinguido*): Con nadie, mamá. Lo dejé encerrado en la habitación. La calle ofrece muchos peligros. Hace tres días que lo mantengo encerrado en la habitación.

Los niños también necesitan una cura de reposo de vez en cuando.

MADRE (*ídem*): Muy cierto. Lo notaba muy nervioso.

LUIS: No recuerdo si le dejé comida. Pero está acostumbrado. Come poquísimo. Me asusta.

ALFONSO: ¡Mucha... chacho...!

MUCHACHO (*solícito*): ¿Sí, señor Alfonso?

ALFONSO: Quiero... una... una revista. Muéstrale, mamá... la... la revista que quiero. (*Se queda sin aliento*)

MADRE (*saca del corpiño la revista de la vedette*): Esta. (*El muchacho hace el gesto de tomarla, la madre la aparta*) Consiga otra. Esta es mía. No la presto. Tiene fotografías de Mister Músculo. (*Se la guarda nuevamente*)

MUCHACHO: Iré a buscarla. No tardaré, señor Alfonso.

ALFONSO (*mientras sale el muchacho, risueño*): ¡Ta... ta... ta... tarde todo lo que quiera!... (*ríe espasmódicamente*)

MADRE (*contenta*): ¡Qué idea, Alfonso! ¡Nos lo sacamos de encima!

(*Ríen los tres, Alfonso con una risa estertorosa. La madre y Luis se toman de las manos y dan unas vueltas saltando*)

(*Se asoman varios vecinos amontonándose en el vano de la puerta*)

VECINOS: ¡Permiso! ¿Podemos pasar?

MADRE (*muy digna y cortés*): ¡Adelante! ¡Adelante!

LUIS (*ídem*): Bienvenidos todos. (*Saludando a cada uno*)
¿Cómo está, cómo está, cómo está?

VECINOS: Buenos días.

¿Así que es cierto?

¿De cuántos meses?

¡Vaya sorpresa!

VECINO 1.º (*se acerca a Alfonso y lo zamarrea, rudamente festivo mientras Alfonso gime*): ¡Vaya mosquita muerta! Qué calladito lo tenía, ¿eh?

ALFONSO (*bamboleando la cabeza y con un hilo de voz*):

¡Bien, bien, bien!

VECINO 2.º: ¡Congratulaciones!

VECINO 3.º: ¿Y cómo fue?

MADRE (*pícaro*): Y... ¡como se acostumbra! (*Gran diversión*)

VECINO 1.º: ¿Está contenta, abuelita?

MADRE (*digna*): ¡Imagínese usted! ¡A mi edad, se sueña con los nietos!

LUIS (*en anfitrión*): Siéntense, por favor.

VECINO 1.º (*a Alfonso*): Congratulaciones, hijo. Cuando su madre me invitó a esta fiestecita, no lo quise creer. Era hora que usted y Lily pensarán en los hijos. Parará un poco en casa ahora, ¿no? Tendrá que amamantar. (*Ríe*)

VECINO 2.º: Y Lily, ¿cómo es? ¿Está gordita?

ALFONSO (*bamboleando la cabeza, en las nubes*): ¿Eh, eh?

VECINO 2.º (*al ver que los otros beben, ansioso*): Señora, ¿se olvidó de mí?

MADRE (*con atropello juvenil*): ¡Ay! Perdóneme. Con esta novedad de que Alfonso va a ser papá, pierdo la cabeza. Sírvase, por favor.

TODOS (*brindando*): ¡Salud! (*Se llevan las copas a la boca y beben. En ese momento, entra el joven, muy agitado*)

LUIS (*seco*): ¿Consiguió la revista?

MUCHACHO (*respirando agitadamente*): No... no estaba... No estaba en ningún lado.

MADRE (*despectiva*): Puro músculo, pero no sirve para nada.

MUCHACHO: Préstele la suya, señora.

MADRE: ¿Está loco? ¡Habrás visto desfachatado!

MUCHACHO (*a Alfonso*): Recorrí todos los puestos. Créame, señor Alfonso, no estaba.

ALFONSO: ¡Vá... vá... váyase al cuerno!

MUCHACHO (*se desconcierta, luego sonríe*): Pero... pero conseguí algo. (*Contento*) ¡Miren! (*Sale y vuelve con*

el niño, a horcajadas sobre los hombros

LUIS (*furioso*): ¡Te escapaste!

MADRE (*al muchacho*): Vamos, no dé espectáculos.

LUIS (*idem*): ¡Ya arreglaremos cuentas! ¡Te escapaste!

MADRE: Tranquilícese, Luis. Es una criatura. Luego le da unos azotes y listo. El culpable es otro. (*Al muchacho*) ¿Por qué no lo dejó en la calle?

MUCHACHO (*desconcertado*): ¿En la calle?

MADRE: ¡Bah! Es mejor que no nos amarguemos la fiesta.

LOS VECINOS: ¡Sí, sí! ¡Otra copita!

LUIS (*furioso*): ¡Baje a mi hermano de ahí! (*El muchacho lo baja y luego, lentamente, recoge la lima y se acerca a Alfonso. Luis al hermano*) ¡Vete a ese rincón! ¡Cara a la pared! (*Dócilmente, el niño se va a un rincón y se sienta, cara a la pared*) ¡Las manos sobre la nuca! (*El niño obedece*)

MADRE (*se acerca a Luis y le da una copa*): Beba, Luis. Tranquilícese, querido.

TODOS (*con las copas llenas de vino*): ¡Salud!

(*Beben. En ese momento de silencio, se escucha el sonido agudo y electrizante de la lima que el muchacho mueve sobre el artefacto. Todos se vuelven hacia él. Sorprendido, el muchacho intenta una sonrisa de disculpa, que no obtiene el menor éxito, y se detiene. Un silencio*)

MADRE (*a un vecino, digna*): Imagínese qué contentos estamos con la noticia... (*vuelve a escucharse el chirrido de la lima. Madre, al muchacho, muy digna*) Por favor, joven. Ya hizo bastantes líos.

MUCHACHO: Sí, señora. (*Vuelve a trabajar con la lima, primero suavemente, pero luego se entusiasma y lima con fuerza. De vez en cuando se escuchan los ayes de dolor de Alfonso que pasan desapercibidos. Los vecinos beben y ríen. A cada chirrido de la lima, la madre mira con acritud al muchacho. Chirrido más fuerte*)

MADRE (*se levanta y se acerca al muchacho*): ¡Qué ruido! ¡Qué desconsiderado, joven!

MUCHACHO (*disculpándose*): Falta poco.

MADRE: Sí, sí, entiendo. ¡Pero qué ruido! ¿Vale la pena fastidiar a todos? No nos permite conversar. ¿Por qué no deja que se oxide tranquilamente?

MUCHACHO (*señala el artefacto*): Mire aquí, señora. Falta muy poco.

MADRE (*no mira. Impaciente*): Ya sé que falta poco. Le advertí que queríamos silencio.

MUCHACHO: Discúlpeme. Es una lástima que abandone ahora, cuando... (*lima, un chirrido*)

MADRE: ¡Oh, no! Termínela. Nos perfora los tímpanos.

LUIS (*acercándose, agrio*): ¡Cuánta charla! Se charla demasiado aquí. ¿Para qué, madre? Con ciertos individuos no vale la pena. (*Al muchacho*) ¿No comprende dónde estamos, joven?

MUCHACHO (*tímidamente*): Sí.

LUIS: En una reunión social o sea: un lugar donde la gente se saluda, se besa, conversa.

MUCHACHO: Sí, señor. Discúlpeme. ¡Pero falta tan poco!

LUIS (*airadamente*): ¡Me importa un rábano! Estamos en una reunión social, se lo repito.

MUCHACHO: Sí.

LUIS: Y si lo sabe, ¿por qué no se comporta como debe? No está en una fábrica o en la calle. En la calle puede hacer lo que se le antoje. No aquí. Esta es una casa de familia.

MUCHACHO: Sí, señor. No quiero molestar.

LUIS: ¡Pero molesta! Aquí es un intruso, un indeseable. ¿Lo invitaron a esta fiesta?

MUCHACHO: No.

LUIS: ¡Ya ve! Usted y mi hermano son dos intrusos. Si tuviera una pizca de vergüenza, se marcharía.

MUCHACHO: Pero como falta tan...

LUIS (*lo interrumpe, se acerca amenazadoramente al joven, le coloca el puño bajo las narices*): ¡Al diablo! (*El muchacho, sobresaltado, deja caer la lima*) Comportese como es debido. ¿Estamos? Si no, lo echare-

mos a patadas. (*A los otros, que observan la escena con gestos de aprobación hacia Luis*) ¿Lo echaremos, verdad? Somos muchos.

LOS VECINOS: ¡Sí, sí! ¡Lo echaremos!

VECINO 1.º (*bajo, dudando*): ¿Podremos echarlo?

VECINO 2.º (*idem*): Empujando todos juntos...

VECINO 3.º: Yo lo empujo por la espalda.

VECINO 4.º Yo por la nuca.

VECINO 1.º: Yo por el culo.

VECINO 2.º (*mirando por la habitación*): ¿No hay ningún palo? Empujando con un palo es más fácil.

VECINO 3.º (*sin moverse*): Podría ir a buscar...

MUCHACHO (*manso y obstinado*): No me muevo.

TODOS: ¡No se mueve! ¡Vaya descaro!

LUIS (*a punto de estallar*): ¡No abuse de mi paciencia, joven! ¡Usted no sabe a qué extremos puedo llegar cuando me irritan! ¡Sea prudente! (*Pero en vez de estallar, se aleja hacia el grupo de vecinos*)

ALFONSO (*aprobando con un bamboleo de cabeza y un hilo de voz*): ¡Bien, bien, bien!
(*Entra un vecino con una botella de vino en cada brazo*)

VECINO 5.º: ¿Hay una fiestecita?

VECINO 1.º: ¡Más vino!

MADRE (*digna*): Un acontecimiento familiar. Pero bienvenido.

LUIS: Adelante, siéntese. (*Despoja a un vecino de su silla y se la ofrece al recién llegado. Abre las botellas, sirve. El joven, ocioso y abochornado, mueve los pies, levanta polvo*)

VECINO 1.º (*tosiendo*): ¡Cuánto polvo! (*Los vecinos empiezan a toser*)

LUIS (*grita*): ¡Quédese quieto con los pies!

MADRE (*se acerca a Alfonso, lo besa*): ¡Querido niño!

ALFONSO (*bamboleando la cabeza y un hilo de voz*): ¡Bien, bien, bien!

MADRE: ¿Me va a hacer un mandado, joven? (*A los*

otros) Una botellita de ginebra no vendría mal.

MUCHACHO: No.

MADRE: ¡Qué mala voluntad! No sé cómo lo aguanto. Tres semanas que no se mueve de esta pieza, siempre haciendo ruido con esa lima. Tengo la cabeza como un bombo. ¡Maldito sea!

LUIS (*cariñoso*): Déjelo, madre. No se haga malasangre con ese tipo. Venga a tomar una copa.

MADRE (*muy alegre*): ¿Otra copita?

LUIS: Sí, venga, madre. (*Le pasa la mano por los hombros, la besa. La madre lanza una risa quinceañera y se aparta. Todos beben y ríen con una algarabía en aumento. El muchacho los mira y cuando los considera lo suficientemente distraídos, se inclina hacia el suelo con intención de recoger la lima*)

ALFONSO (*tratando de avisar*): Va... va... va... a...
aaaaaa... ggggggg... gggggrrrrrr...

LUIS (*antes de que el muchacho alcance la lima, grita*): ¡Deje esa lima en el suelo!

(*El muchacho se queda inmóvil. La madre se sienta sobre las rodillas de Luis. El muchacho toma el artefacto entre las manos, trata de romperlo, transpira. De pronto, se escucha un gran crujido. Casi al mismo tiempo, Alfonso lanza un alarido tremendo, se incorpora y vuelve a caer en la cama, como un trapo, los ojos abiertos*)

MUCHACHO (*mira el artefacto que le quedó entre las manos*): Se rompió, señor Alfonso. Se rompió, por fin. Un fierro viejo...

LOS VECINOS (*interpretan mal el ruido y se vuelven hacia la puerta. Divertidos*): ¿Será Lily, la mamita?

VECINO 1.º (*erótico*): ¡Mamita, mamita!

VECINO 2.º (*abre la puerta, grita*): ¡Lily! (*Tropieza y cae al suelo, donde permanece tranquilamente*) ¡Encanto mío! (*Sonido de besos*)

MUCHACHO (*deja el artefacto en el suelo, sonríe muy feliz, se enjuga el sudor con un pañuelo. A Alfonso, con*

ternura): Señor Alfonso, señor Alfonso, está libre... ¿Se dio cuenta? (*Ríe*) Podremos salir juntos ahora. Conoceré a Lily. ¿Me permitirá conocer a Lily ahora, señor Alfonso? Yo buscaré a otra chica. Iremos los cuatro a todos lados. Al zoológico. ¿Le gusta ir al zoológico, señor Alfonso? (*Breve silencio*) Me apenaba usted tanto... (*Se emociona. Ríe y casi llora*) Tanto... Ser su amigo, señor Alfonso... Quiero ser su amigo. Sabe... Estoy solo. No tengo a nadie. Usted no sabe lo que es esto: vivir solo como un perro. Usted puede ser mi hermano mayor. (*Sonríe*) Luis es su hermano mayor y usted es mi hermano mayor...

LOS VECINOS (*esperan, mirando hacia la puerta*): No es Lily...

MADRE (*se acerca a Afonso, está francamente borracha*): Quiero darte un besito. (*Lo besa. Sin querer lo empuja y Afonso cae de bruces sobre la cama. Sin darse cuenta cabal de lo sucedido, lo incorpora nuevamente y lo acomoda. Dice, sin convicción*) ¡Pobre hijo mío!... (*Pícaro*) Me parece que Lily no va a aparecer más... Me parece que no, chicos.

LUIS: ¿Qué pasa, madre?

MADRE: Me voy a quedar sin los regalos que le hacía a Lily, pero ella no va a aparecer más. (*Con un suspiro*) Y no conseguí que le comprara zapatos grandes... ¡Qué fracaso!

LUIS (*cariñoso*): ¡No se deprima, madre!

MADRE (*sorprendida*): No me deprimó. (*Lanza una risita, pícaro*) ¡Lily no va a aparecer más! Tengo esa intuición. Ya me había cansado con Lily. Lily de acá, Lily de allá. (*Canturreando*) ¡Lily, Lily, Lilú! (*Feliz*) No va a aparecer más...

LUIS (*divertido*): ¿Cree, madre?

MADRE: Vengan a ver, chicos, vengan a ver...

TODOS: ¡A ver! ¡A ver! (*Se levantan, trastrabillando y empujándose unos a otros, se acercan a la cama, con sus copas de vino. El niño, que ha permanecido de cara*

a la pared, con las manos sobre la nuca, se vuelve y se levanta. Todos miran a Alfonso, sonrientes y curiosos, lanzando cortas carcajadas de borrachos. El rostro del muchacho se desenfoca poco a poco)

MUCHACHO (*llorando*): ¡Señor Alfonso, señor Alfonso...! (*El niño, al ver que todos están distraídos, comienza a sacar las estacas de los tiestos y se las pone bajo el brazo. El muchacho lo ve, le grita ferozmente*) ¡Deja las estacas, puerco! ¡Deja las estacas!

TELÓN

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS